

ANDREA GRAZIOSI

CARTAS DE JÁRKOV

*Documentos sobre la hambruna
ucraniana de 1932-1933*

Textos compilados por Andrea Graziosi
Traducción de Guillermo Cedrez



Unión Editorial

2021

© 2020 Andrea Graziosi
© 2020 UNIÓN EDITORIAL COLOMBIA, S.A.S.
© 2021 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 local - 20016 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-958-52656-3-9
Depósito Legal: M. 19.195-2021

Impreso en España por EL BUEY LIBERAL, S.L.
Printed in Spain · Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de los propietarios del *copyright*.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	11
DOCUMENTOS	23
1. Situación política en el Cáucaso Norte	24
2. Movimientos insurreccionales en el Cáucaso Norte	26
3. Situación interna de la URSS	27
4. Situación interna de la URS	34
5. Situación interna de la URSS	38
6. Situación interna de la URSS	41
7. Epidemia de tifus en Ucrania	45
8. Llamado dirigido al Consulado General de Polonia por campesinos desconocidos de la URSS	47
9. La situación agrícola	53
10. Desarrollo de la estación agrícola en la URSS y previsiones para la próxima siembra	59
11. Condiciones de vida de hijos de kulaks. Testimonios	63
12. Reaparición de niños abandonados en Moscú	65
13. Paro en la región de Novorossiisk	67
14. Insurrección en el territorio checheno	72
15. Situación alimentaria y costo de vida. Bandas armadas en el campo	73
16. Asuntos tratados y deliberaciones de la III conferencia del Partido Comunista Ucraniano en Járkov	76
17. Comienzo de la cosecha	83
18. Detención de mendigos y niños abandonados en Járkov y Moscú	86

19. Condiciones de vida en Siberia oriental	87
20. Protestas y manifestaciones tumultuosas en las fábricas debido a la escasez de alimentos	89
21. Éxodo de los colonos alemanes	92
22. Situación alimentaria, moral y sanitaria en Chasiv Yar, Artémivsk, región del Donéts	95
23. Consecuencias de la colectivización en la aldea de Lustdorf, cerca de Odessa	100
24. Endurecimiento de la colectivización forzosa	108
25. Delincuencia en Járkov	110
26. Los recientes decretos del Gobierno soviético y la situación en el futuro próximo	113
27. Reporte semestral –Segundo semestre 1932	118
CARTAS DE JÁRKOV 267	
28. Agitación y violencia	122
29. Impresiones de un compatriota de regreso de un viaje al Turkeistán	125
30. Incidentes frente a las panaderías	131
31. Situación agrícola en el Cáucaso Norte Desarrollo de la estación agrícola	133
32. Situación en el Cáucaso Norte	145
33. El hambre y la cuestión ucraniana	148
34. Cuadro general del hambre en la URSS	157
35. El hambre	165
36. Ucrania	168
37. La situación agrícola	173
38. El hambre y la situación sanitaria	176
39. Opinión de los técnicos alemanes sobre las condiciones de la agricultura soviética	180
40. Trabajos forzados en el campo	184
41. Hambre y canibalismo	187
42. La situación agrícola	189
43. La situación en el campo ucraniano	194
44. Las vías férreas de la red ucraniana meridional y el proceso de deterioro progresivo	196
45. Desarrollo de la cosecha de trigo, remolacha y papa	198

46. Dos documentos sobre la situación del campo en Ucrania	205
47. Envenenamiento a la bolchevique	214
48. La situación sanitaria	217
49. Datos y diagnóstico sobre la situación alimentaria en la URSS según lo expresado por el ingeniero jefe del Comisariado de Abastecimiento en Moscú	220
50. La situación en el campo y el desarrollo de la siembra	226
51. Nacionalismo ucraniano, manifestaciones y represión	230
52. Nacionalismo ucraniano, condenas y deportaciones	236
53. La situación en el campo y el desarrollo de la siembra	239
54. Nacionalismo ucraniano, condenas y deportaciones	242
55. Condiciones de vida en la URSS	243
56. Población de Ucrania	247
BIBLIOGRAFÍA	251

PRÓLOGO

El 31 de mayo de 1933, Sergio Gradenigo, cónsul real italiano en la ciudad de Járkov, Ucrania, introducía su reporte sobre “El hambre y la cuestión ucraniana” con las siguientes palabras: *“El hambre sigue provocando una devastación tan destructiva en la población, que uno no se explica del todo cómo el mundo permanece indiferente ante una catástrofe de este tipo, y cómo la prensa internacional, tan presta a invocar la reprobación universal contra Alemania, culpable de supuestas “persecuciones atroces de judíos”, calla pudorosamente frente a esta carnicería organizada por el gobierno soviético, en la que los judíos juegan un rol muy importante, aunque no figuren en los puestos más altos.”* (Subrayado nuestro).

Más de ochenta años después, seguimos sin explicarnos la indiferencia ante dicha catástrofe que se llevó entre tres y cuatro millones de muertos por inanición en el periodo que va del año 1931 a 1934. Quizá dicha indiferencia se siga debiendo a que, a pesar de la *“carnicería organizada”* que dicha hambruna supuso, quienes denuncien tales crímenes lo hagan a costa de relativizar otros, como en este caso se puede ver en el señalamiento a la complicidad de judíos en dicha política dirigida por el gobierno de la antigua Unión Soviética en contraste a las *“supuestas”* persecuciones contra judíos en la en ese entonces Alemania nazi.

Es verdad que para mediados de 1933, Adolf Hitler no llevaba sino pocos meses de hacerse al poder en Alemania, de manera que, a pesar de su ya reputado antisemitismo y

visceral racismo, contra los judíos solo se habían aplicado medidas discriminatorias en el campo laboral, mientras que para las mismas fechas, el odio a la economía de mercado y el desprecio a las virtudes económicas de la propiedad privada y la libre empresa por parte de los comunistas liderados por Stalin, se venía cobrando un elevado nivel de víctimas por culpa de la ejecución del primer ensayo de planificación económica centralizada practicado en las naciones gobernadas por la antigua Unión Soviética.

De manera tal que la evaluación del diplomático italiano no podía ser más acertada a pesar de, no solo de su desafortunada apreciación sobre los judíos, sino incluso de su servicio a un gobierno como el de la Italia fascista. Y es que cualquiera con un mínimo de suspicacia pondría en entredicho lo que sostuviese sobre las políticas socialistas dirigidas por los comunistas un funcionario pago por un gobierno como el de Benito Mussolini. Después de todo, análoga situación ocurrió cuando Joseph Goebbels, el famoso jefe del Ministerio de Propaganda del Tercer Reich, denunció ante al mundo en abril de 1943, en medio del fragor de la guerra mundial, que la policía política de la Unión Soviética, la NKVD, había ejecutado y enterrado en los bosques de Katyn a miles de oficiales del ejército polaco. Como la opinión pública mundial no les dio credibilidad a dichas acusaciones, dado el perfil del denunciante y la ya consabida naturaleza criminal de los nazis, no se dudó en atribuirle dichos crímenes a los nazis en vez de a los soviéticos. Solo cinco décadas después, con la desclasificación de archivos de la extinta Unión Soviética, se supo que Goebbels tenía razón: fue la NKVD quien, por órdenes directas de Stalin, perpetró la consabida masacre de Katyn.

Lo anterior prueba que el poder de la verdad no se pliega fácilmente a la verdad del poder, por totalitario que este sea: las cincuenta y seis cartas elaboradas por cinco diplomáticos italianos testimoniando lo más crudo de la hambruna ucraniana nos lo confirman. Sea usted querido lector quien tenga la oportunidad de vencer la indiferencia y como no, conocer la verdad.

Gilberto Ramírez Espinosa

Bogotá

Junio, 2019

INTRODUCCIÓN

En el año 1987, el historiador Andrea Graziosi descubrió, en los archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Italia, los informes que los diplomáticos italianos en servicio en la URSS habían enviado acerca de la hambruna de 1932-1933 y que forman el cuerpo del presente libro. Estos reportes constituyen un documento imprescindible para entender una de las mayores tragedias del siglo XX, que tuvo un saldo de no menos de cinco millones de vidas humanas y cuyo pleno reconocimiento dista mucho aún de considerarse realizado. Aun después de la revolución historiográfica que significó la apertura de los archivos de la disuelta URSS, estas cartas siguen siendo indispensables y sorprendentes, por ser el testimonio imparcial de espectadores ajenos a la tragedia, cuya estadía como diplomáticos les permitió tener una perspectiva más completa y un conocimiento cabal de los acontecimientos que reportaron.

La de 1932-1933 es, junto con las de 1921-1922¹ y 1946-1947, una de las tres grandes hambrunas de la era soviética, y sin lugar a dudas la más terrible en cuanto al número

¹ A mediados de 1921, el gobierno soviético, aunque de manera no oficial, pidió ayuda internacional para hacer frente a la devastadora hambruna que asolaba su territorio. Entre las organizaciones que respondieron el llamado se encontraba la ARA (American Relief Administration), presidida por Herbert Hoover, la que durante dos años contribuyó a paliar el hambre y brindar ayuda sanitaria a los necesitados.

de víctimas (las otras dos hambrunas se cobraron entre uno y dos millones de víctimas cada una). No obstante ello, la hambruna de 1932-1933, también conocida como el Holodomor², ha corrido el particular destino de pasar desapercibida, gracias al esfuerzo que desde el primer día el régimen soviético se tomó para ocultarla (hoy se posee evidencia documental de órdenes para el retiro de los libros de registro de fallecimientos de los años 1932 y 1933 de los concejos de las aldeas ucranianas, para ser custodiados como material clasificado, así como de actas de defunción adulteradas³) y al silencio de gran parte de la intelectualidad de Occidente. En 1987, el mismo año en que se descubren las cartas, pudo pronunciarse por primera vez la palabra *golod/holod* (hambre/hambruna) en un acto público en Ucrania, rompiéndose así una prohibición de más de cincuenta años, tiempo durante el cual el régimen intentó borrar esta hambruna del discurso y de la memoria, haciendo que los historiadores oficiales tuviesen que referirse a ella, si es que lo hacían, como meras “dificultades alimentarias”, reduciendo así el sufrimiento y el duelo de millones a un tabú de Estado.

Un año antes, en 1986, había aparecido el libro *The Harvest of Sorrow* de Robert Conquest, obra con la cual la hambruna de 1932-1933 ingresa definitivamente en el horizonte histórico occidental, aportando un caudal documental de una extensión inédita hasta entonces (del cual las fuentes soviéticas constituyen una parte considerable), llevando a la investigación histórica a focalizarse en los aspectos interpretativos tendientes a determinar la espe-

² En ucraniano: “matar por hambre”.

³ Hyryna Hryn (ed.), *Hunger by Design: The Great Ukrainian Famine and its Soviet Context*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2008, págs. 38-45.

cificidad de esta tragedia frente al resto de las calamidades del siglo XX —especialmente, si constituye o no un acto de genocidio—, y no ya en probar su mera existencia, que hoy no admite la menor duda⁴. Si bien ya existían trabajos históricos de relevancia antes del libro de Conquest, podemos afirmar que existe un antes y un después del mismo, y que el camino hacia el reconocimiento universal de la hambruna comienza con él. En cuanto a los testimonios de la tragedia, desde el primer momento llegaron a Occidente voces que alertaban sobre lo que estaba sucediendo: crónicas de viajeros, relatos de disidentes, confesiones de ex funcionarios del régimen, cartas pidiendo ayuda a embajadas y consulados de diversos países, reportes diplomáticos, etc. El problema era que nadie quería escuchar. El libro de Conquest, y con él todos los esfuerzos por introducir esta hambruna en la memoria histórica occidental, iniciaron su carrera cuando el régimen soviético llevaba ya cincuenta años de ventaja en ocultarla.

Aunque la hambruna de 1932-1933 constituyó un fenómeno que afectó en mayor o menor medida a toda la URSS, tuvo su epicentro en las regiones de Ucrania y el Cáucaso Norte, y, en cuanto a su costo humano específico, los más afectados fueron los campesinos, que fueron quienes llevaron la peor parte en las decisiones políticas del régimen a principios de los años treinta. Los tres hechos que enmarcaron este período, y que sellaron el destino del campesinado, fueron el Primer Plan Quinquenal, la colectivización forzosa y la deportación de los kulaks⁵,

⁴ Andrea Graziosi se inclina por la tesis del genocidio, no en el sentido del intento de exterminio de un pueblo como tal, sino de la imposición de medidas tales que provocaron la destrucción de un porcentaje considerable de la población de manera intencional.

⁵ El término “kulak”, en el contexto soviético, es asimilable a un campesino rico o pudiente, con capacidad de contratar mano de obra, aunque en

hechos que, como veremos, estaban concatenados y se presuponían mutuamente.

El Primer Plan Quinquenal (1928-1932) consistió en un conjunto de medidas económicas tendientes a hacer de la URSS un gigante industrial y a achicar, en pocos años, la gran brecha que lo separaba de los países industrializados de la época. Tratándose de una economía eminentemente agrícola, el peso de la planificación (con metas de crecimiento excesivamente altas) recayó sobre la agricultura, y en particular sobre la producción de cereales, que era uno de los productos más importantes de exportación soviética. Para poder controlar el ingreso de divisas a través de la agricultura sin tener que pasar por el campesinado, el Estado recurrió, en primera instancia, a la confiscación de productos agrícolas (sistema que ya había sido implementado durante los primeros años de la revolución, pero que luego fuera abandonado cuando el régimen decidió volver a apostar al capital privado y a las relaciones de mercado, en el período llamado de la Nueva Política Económica, que finalizó con la adopción del Primer Plan Quinquenal), y, luego, a la transformación del campo en un enorme sistema de granjas colectivas, los koljoses⁶ y sovjoses⁷, en los que el campesino no trabajase para él mismo sino para el Estado, y en el que todos los medios de producción estuviesen socializados.

Ese sistema, la colectivización, había sido también uno de los primeros sueños de la Revolución de Octubre, alentado

realidad, dado lo difuso de su conceptualización (basada en general en la posesión de determinados bienes), su aplicación fluctuó acorde al lugar y al momento en que se efectuara.

⁶ Explotación agrícola de carácter cooperativo en la que sus integrantes recibían como paga un porcentaje en especie de lo producido y un beneficio proporcional a la cantidad de horas trabajada.

⁷ Explotación agrícola estatal que funcionaba con mano de obra asalariada.

por la tentativa de transformar al campo en una gran fábrica agrícola, a imagen y semejanza de los complejos industriales, de la cual brotaría el proletariado rural, hasta entonces casi inexistente, nivelando así a todos los campesinos en un mismo estado de precariedad que exacerbaba su conciencia de clase, creando de ese modo un suelo más fértil para el avance y profundización de la revolución en el campo. Esta fue, sin embargo, otra de las medidas que se prefirió posponer, haciendo lugar a la razonable realidad de que la única manera de aumentar la productividad era estimulando la iniciativa privada y tolerando el sentido de pertenencia del campesino al suelo y a sus animales.

El campesino, de hecho, nunca había sido demasiado permeable a la idea de la colectivización, y esta tensión antagónica entre el régimen y la población rural no hizo sino mantenerse dentro de unos límites cada vez más estrechos hasta que, bajo el impulso de Stalin, el molde de la forma fue definitivamente roto, dando paso al uso de la fuerza y a la eliminación física de los campesinos pudientes para acelerar el proceso de colectivización. Vistos como enemigos acérrimos del régimen, los campesinos pudientes, o kulaks, vieron cómo, nuevamente, tras el período de gracia de la Nueva Política Económica, el martillo de la superstición socialista volvía a caer sobre ellos, esta vez para asestarles un golpe del que no se levantarían jamás. De entre ellos, los más recalcitrantes fueron ejecutados sin más. El resto, junto con sus familias, fueron apilados como bestias en vagones y deportados a las condiciones extremas de Siberia. De los más de dos millones de campesinos deportados, mujeres, hombres y niños, muchos perecieron durante el transporte y debido a las inhumanas condiciones de vida a las que fueron sometidos una vez llegados a destino. Para el resto del campesinado no quedaba mayor opción que ingresar

en las granjas colectivas, tratar de seguir adelante como campesino individual (en una abrumadora inferioridad de condiciones) o huir a las ciudades en busca de un mejor pasar.

Es con este telón de fondo que se produce la hambruna de 1932-1933. Si bien su causa primera debe buscarse en las malas cosechas de 1931 y 1932, la espeluznante mortalidad que alcanzó debe explicarse como el resultado de decisiones conscientes por parte del régimen, que en lugar de tratar de paliar el hambre prosiguió impertérrito su camino hacia la consecución del Plan Quinquenal, indiferente ante el espectáculo de muerte y desolación que arreciaba ante sus ojos. Obligados a aportar al Estado cuotas de su producción calculadas en base a cosechas extraordinarias (como la de 1930), los campesinos empezaron a ver mermar su propio sustento e incluso en algunas zonas tuvieron que entregar las semillas para la próxima siembra para poder cumplir con su cuota. En lugar de reconocer que tal vez la planificación de la adquisición de granos había sido demasiado optimista y que los campesinos no podían dar más de lo que se les estaba exigiendo, el régimen optó por emprenderla nuevamente contra ellos, culpándolos de ocultar el grano y de querer sabotear el proyecto de colectivización. Brigadas de activistas de las ciudades fueron enviadas a requisar por la fuerza lo que fuera que aún quedase en las aldeas: si ya no había trigo, una vaca, un caballo o un pan a medio hornear hacían igualmente sus veces. Para mediados de 1932, la situación era tan grave que el régimen, para evitar que los hambrientos robasen alimentos, decretó la llamada "Ley de las espigas" del 7 de agosto de 1932: cualquier robo de la propiedad del Estado, así no fuera más que un puñado de trigo, sería pasible de ser castigado con la ejecución inmediata⁸.

⁸ H.Hryn, *op.cit.* pág. 60 y 61.

La posición de Ucrania dentro de esta situación general reviste algunas particularidades que pueden dar cuenta del destino que le tocó soportar durante la hambruna, y que la llevó a tener una tasa de mortalidad en el campo tres veces superior a la del resto de la URSS para el año de 1933. En cuanto a sus características de clima y suelo, gran parte de su territorio es especialmente apto para la agricultura, por lo que ha sido llamada con frecuencia “el granero de Europa”, lo que sin dudas la convertía en una parte esencial del esquema de adquisición de grano para subvenir al cumplimiento del Plan Quinquenal.

Por otro lado, las relaciones entre Ucrania y el poder soviético nunca habían sido particularmente buenas: recién en 1921 este país fue sometido definitivamente, a la fuerza, bajo la égida de Moscú, no sin algunas concesiones al nacionalismo y la cultura ucranianas (el idioma ucraniano era considerado por algunos como un mero dialecto del ruso), pues era evidente que, entre poder contar con la producción de cereales de Ucrania, a cambio de un barniz de autodeterminación, y no contar con esa formidable fuente de recursos, era con mucho preferible lo primero. De hecho, la formación de los cuadros de los partidos comunistas de las repúblicas soviéticas no rusas estuvo inicialmente determinada por la necesidad de contar con un número suficiente de miembros autóctonos, para limar así toda aspereza que pudiese generar el hecho de ser gobernados exclusivamente por extranjeros, aunque manteniendo siempre una subordinación absoluta hacia los dictámenes de los órganos centrales del Partido Comunista.

Aun así, las desviaciones “nacionalistas” estaban a la orden del día, y Stalin pronto empezó a culpar también a los dirigentes ucranianos por su incapacidad en lograr que su país cumpliera con las metas establecidas. Para

fines de 1932, Stalin, empecinado en creer que la catástrofe alimentaria que él mismo había provocado no era más que una excusa de los líderes y los campesinos ucranianos para esconder sus cosechas y salirse con la suya, empezó a apretar el nudo de la soga en el cuello de Ucrania a través de una serie de medidas que fueron casi exclusivamente aplicadas a ese país (y a los cosacos de la región del Cáucaso Norte), y que contribuyeron grandemente al exterminio por el hambre de millones de personas: devolución de los adelantos de semillas; confiscación de carne, papas y animales en pie; multas en especie para aquellas granjas que no pudiesen cumplir con la cuota requerida; persecución y deportación de dirigentes comunistas ucranianos locales; establecimiento de una cuota especial para Ucrania, que debería ser cumplida, en medio de una hambruna, al 100 por ciento, confiscándose incluso “reservas familiares”; denegación a los campesinos del derecho a recibir pasaporte interno, requisito para poder residir en las ciudades; establecimiento de cordones policiales para impedir que los campesinos huyesen de las aldeas; continuación de las confiscaciones de grano incluso después de cumplida la meta establecida⁹. La utilización de estas medidas como medio para doblar la resistencia de los campesinos ucranianos queda de manifiesto en la carta que el entonces secretario del Partido Comunista Ucraniano, Stanislav Kossior, escribió a Moscú el 15 de marzo de 1933, en la que expresa: “El lento avance de la siembra en numerosas regiones muestra que la hambruna no ha hecho entrar en razón todavía a muchos de los koljosianos”¹⁰. En carta a Stalin del 17 de

⁹ Timothy Snyder, *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Bogotá, Norma, 2011, pág. 89-94.

¹⁰ Andrea Graziosi, *Lettres de Kharkov: La famine en Ukraine 1932-33*, Lausanne, Noir sur Blanc, 2013, pág. 42.

agosto de 1939, Fiódor Raskólnikov, embajador soviético en Sofía de 1934 a 1938, quien se rehusó a regresar a la URSS, escribe: "Tarde o temprano, el pueblo soviético lo pondrá en el banco de los acusados, como el traidor al socialismo y a la revolución, como el saboteador y el verdadero enemigo del pueblo, el organizador de la hambruna y de las falsificaciones judiciales"¹¹.

La devastación provocada por la hambruna fue tan grande que, en 1937, los resultados del censo poblacional realizado cayeron 8 millones de almas por debajo de las proyecciones esperadas para la población total de la URSS. La reacción no se hizo esperar: los resultados del censo fueron suprimidos, sus principales responsables fueron fusilados y se encomendó la realización de un nuevo censo en 1939, en el que se llegó —esta vez sí— a los números deseados.¹²

Al igual que Alemania y Polonia, Italia podía contar por ese entonces con información de primera mano, de su propio servicio diplomático, acerca de la hambruna. Aunque hoy pueda resultarnos extraño, por ese entonces el fascismo y el comunismo se encontraban en una fase de exploración mutua, en la que los intereses comunes primaban por sobre las diferencias ideológicas. El propio Mussolini fue un lector atento de muchos de estos reportes; sin embargo, el interés nacional italiano, puesto en el mantenimiento de las buenas relaciones diplomáticas y comerciales (no olvidemos que muchas empresas occidentales, como la Fiat, colaboraron en la consecución del Plan Quinquenal), fue sin dudas un factor determinante para que los relatos de esta tragedia fuesen relegados al olvido y al silencio de los archivos.

¹¹ Íbid., pág. 31.

¹² Anne Applebaum, *Red Famine: Stalin's War on Ukraine*, New York, Doubleday, 2017, pág. 193.

En cuanto a los autores de los reportes, se trata de los embajadores Vittorio Cerruti y Bernardo Attolico y de los cónsules y vicecónsules Sergio Gradenigo, Leone Sircana y Francesco Zasso. Es de destacar que tanto Cerruti como Attolico, luego de largas carreras e importantes destinos diplomáticos, finalizaron abruptamente su servicio debido a desacuerdos con la política exterior llevada a cabo por Mussolini y por su acercamiento a los nazis. El tono de estos informes, a pesar de las calamidades que describen, muestra la altura y el profesionalismo con que estos hombres abordaron su tarea, en medio de un país en el que la vida humana valía menos que cero. En este sentido constituyen un documento excepcional para la reconstrucción de este doloroso capítulo de la historia. Aunque ordenados cronológicamente, cada uno de ellos aporta una imagen completa de la miseria y el dolor que marcaron a los campesinos de la URSS en aquellos años.

Estas páginas encierran el dolor de millones de personas que murieron en silencio, presas del hambre y la desesperación, mientras millones de toneladas del trigo que sus propias manos habían cosechado eran exportadas o almacenadas como reserva; de millones de personas abandonadas por un gobierno cuya ideología profesaba la fraternidad y la solidaridad universales pero que en la realidad desmentía esos sentimientos de humanidad para con sus propios congéneres; de millones de vidas truncadas y amputadas, sin siquiera el derecho a la memoria y al duelo, por una utopía devenida infierno, para la cual el desarrollo industrial justificaba cualquier sacrificio. Este es el relato de una de las tragedias más grandes del siglo XX, cuya cabal comprensión es indispensable para la construcción de una imagen más abarcadora de la historia universal, que nos ayude a visualizar los peligros de

los extremismos ideológicos, del odio y la desintegración que subyacen a toda doctrina enemiga del pluralismo y la libertad del individuo.

Guillermo Cedrez
Montevideo
Agosto de 2018